

pues tenía hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca más á ella tornaba.

En Tlaxcallán y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozania de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacán es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestras al desposado cuando se casa, como quien dice: « Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos. » Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Átanles asimismo las mantas con un gran ñudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consuman matrimonio en aquellos veinte días; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divorcio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacán se podían apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los

cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso. La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémalo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdone su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebias públicas.

#### Costumbres de los hombres

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Pintanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargatas, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. To-

man muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puédenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrean mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pendencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden á daga y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, ó por no ser ellos codiciosos. Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así, han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los más sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremana, aunque cruelmente, según luego diremos. Danse muy mucho á la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüeran mucho y á menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

#### Costumbres de las mujeres

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crian largo el cabello, hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean á la cabeza con ñudo á la frente; las vírgenes y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche á sus hijos por las

espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tezonzapotl ó mamei, aunque más lo hacen para no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas á otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, reacias cabezas tienen, á causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños fríos en saliendo de baños calientes, que parece dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan á sus maridos en las danzas, si no se lo manda el Rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuercen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilañ apriesa y no mal.

#### De la vivienda

Viven muchos casados en una casa, ó por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las heredades, ó por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. Pican, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y más fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. También tienen hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclado con oro ó plata ó estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y con palo hacen navajas de azabache y de otra más dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos

de algodón con muchas figuras y colores de pluma, que es lo más rico y vistoso, y esteras de palma sutilísimas, que es lo común. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto á los adúlteros y ladrones. Alúmbranse con tea y otros palos, teniendo cera; que no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos ahora las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden con aceite.

Sacan aceites de chiya y otras cosas, para pinturas y medicinas, y saín de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas ó esteras, ó cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza á un palo ó piedra, ó cuando más, á un tajoncillo de hoja de palmas, en que también se sientan. Tienen unas silleas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comunmente se sientan en tierra. Comen en el suelo y suciamente, ca se limpian á los vestidos, y aun ahora parten los huevos con un cabello, que se arrancan, diciendo que así hacían antes, y que les basta. Comen poca carne, creo que por tener poca, pues comen bien tocino y puerco fresco. No quieren carnero ni cabrón, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mismos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad, otros que por gula, otros que por limpieza, creyendo ser más limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda hierba que mal no les huele; y así, saben mucho en ellas para medicinas; que sus curas simples son. Su principal mantenimiento es centli y chilli, su bebida ordinaria agua ó atulli.

#### De los vinos y borrachez

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes, y es de maravillar que habiendo cepas con

uvas, y siendo ellos tan amigos de beber más que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino de ellas. La mejor, más delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces le mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, antes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase atulli, y es muy común brebaje en cada parte, y lo mismo es de todas las otras sus semillas; pero no emborracha si no lo cuecen ó confeccionan con algunas hierbas ó raíces. En las comidas ordinarias conténtanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentación de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeode y desatine; y entonces mezclan ciertas hierbas que, ó con su mal zumo ó con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martín, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir, y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman teunanacath, ó carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel ó su común vino, y en chico rato quedan fuera de sentido; ca se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que los espantan. Paréceles que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, ó ahórcanse. Cuecen también ajenjos con agua y harina de chiyan, que es como zaragatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que les amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado metl, cocido con ocpatl, que es una raíz á quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentilmente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino. A los que se emborrachan fuera de las fiestas públicas y convites

que hacían, con licencia del señor ó jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razón. Bebían para enloquecer, y locos, mataban ó mataban á otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin diferencia, y para tanto mal chica pena era. También se toman de vino después que son cristianos, ca les sabe mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, á que tanto se dan, los hacían por justicia esclavos, y los vendían á cuatro ó cinco reales por un mes.

#### De los esclavos

Quiero contar la manera que mejicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cautivos en guerra no servían de esclavos, sino de sacrificados, y no hacían más de comer para ser comidos. Los padres podían vender por esclavos á sus hijos, y cada hombre y mujer á sí mismo. Cuando alguno se vendía, había de pasar la venta delante á lo menos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa ó gallinas era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado á la persona á quien primero hurtó. Si después de esclavo tornaba á hurtar, ó lo ahorcaban ó lo sacrificaban.

El hombre que vendía al libre por esclavo, era dado por esclavo á quien él quería vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos á los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormía con esclava y la empuñaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos

contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecía casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debía ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonra del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendían, y los tahures se jugaban; pero no iban á servir hasta ser pasado un año de cómo hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de balde si no las querían pagar, se vendían por esclavas por traerse bien, ó cuando ninguno las quería, por viejas ó feas ó enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendían ó empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podían sacar aquél dando otro hijo, y aun había linajes encensados á sustentar un esclavo; pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moría con deudas, tomaba el acreedor, si no había hacienda, al hijo ó á la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condición, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres á sí mismos, y los padres á los hijos.

Ningún hijo del esclavo ni esclava, que es mucho más, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podía vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa, y licencia de la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzón, que ceñía la garganta y salía al colodrillo, con unas puntas tan largas, que sobrepujaban la cabeza, ó que no se las pudiese desatar el argollado. Á estos esclavos de argolla podían sacrificar, y á los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si podían acogerse á palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podían estorbar sino los amos ó sus hijos; que si otros los detenían, tenían pena de ser esclavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podía tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redimían; aunque pocos se rescataban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenían los amos.

#### De los jueces y leyes

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y nobles; tienen renta y lugares, que son propios de la justicia; determinan las causas sentados. Las apelaciones iban á otros dos jueces mayores, que llaman tecuitlato, y que siempre solían ser parientes del señor, y están con él, y llevan ración de su despensa y plato. Consultan con los señores cada mes una vez todos los negocios, y en cada ochenta días vienen los jueces de la provincia á comunicar con los de la ciudad y con el rey ó señor los casos arduos y cosas corrientes, para que proveyese y mandase lo que más convenía. Había pintores, como escribanos, que notaban los puntos y términos del litigio; pero ningún pleito dicen que pasaba de ochenta días. Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar á juicio, y su traje mantas pintadas, que de lejos se conociesen. Los recaudadores del pecho y tributos traían ventalles, y en algunas partes unas varas cortas y gordas. Las cárceles eran bajas, húmedas y oscuras, para que temiesen entrar allí. Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra, y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es como decir que dirán verdad con la lengua por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: «Si no dijéremos verdad, lleguemos á tal extremo que comamos tierra.» Algunas veces nombran, cuando así juran, el dios del crimen y cosa sobre que es el pleito ó negocio que se trata. Trasquilan al

juez que cohecha ó toma presentes, y quitanle el cargo, que era grandísima mengua. Cuentan de Nezaualpíntli que ahorcó en Tezcucó un juez por una injusta sentencia que dió, sabiendo lo contrario, é hizo ver á otros el pleito.

Matan al matador sin excepción ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moría por ello: era este un vicio muy común entre las mujeres que sus hijos no habían de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladrón era esclavo por el primer hurto, y ahorcado por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al Rey ó república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía á otro, sino estando en la guerra, tiene pena de muerte.

En Tezcucó, según algunos dicen, mataban á los putos. Debieron establecer esta pena Nezaualpíntli y Nezaualcóyo, que fueron justicieros, y libres de aquél pecado; y tanto más son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía, como en Pánuco.

#### De las guerras

Los reyes de Méjico tenían continua guerra con los de Tlaxcallán, Pánuco, Michuacán, Tecoantepec y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar á los dioses y cebar á los soldados; pero la causa más cierta era porque ni les querían obedecer.

cer, ni recibir sus dioses; ca el estilo por do crecieron tanto los mejicanos en señorío fué por dar á otros sus dioses y religión, y si no los recibían rogándoles con ellos, dábanles guerra hasta sujetarlos é introducir su religión y ritos. Movían también guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pero no la hacían sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivían más que los hombres, se acordaban de cómo se habían hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el Rey mensajeros á los enemigos á pedir las cosas robadas, y tomar alguna satisfacción de los muertos, ó requerir que pusiesen entre sus dioses al de Méjico, y también porque no dijese que los tomaban desapercibidos y á traición. Entonces los enemigos, que se sentían poderosos á resistir, respondían que aguardarían en el campo con las armas en la mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejuelas de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y enviábanselas, y demandaban perdón, y á Vitcilopuchtli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban á los que hacían esto por amigos, y poníanles algunos atributos; á los que se defendían, si los vencían, tenían por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros. Al soldado que revelaba lo que su señor ó capitán quería hacer, castigaban como á traidor y cruélisimamente; ca le cortaban entrambos bezos, las narices, las orejas, las manos por junto al codo, y los pies por los tobillos; en fin, lo mataban y repartían por barrios, ó por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese á noticia de todos; y hacían esclavos á los hijos y parientes, y á los que habían sido sabedores de la traición. No bebían vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacían de cacao, maíz y semillas. Emplazábanse los unos enemigos á los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre término. Llaman quiathlale al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y

es como sagrado. Juntas las huestes, hacía señal el rey de Méjico de arremeter al enemigo con un caracol que suena como corneta; el señor de Tezcucó con un atabalejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chiflan mucho como caramillos; al recoger hacían otro tanto. Si el estandarte real caía en tierra, todos huían. Los tlaxcaltecas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenían por muy cierto que vencerían la batalla, y si no, creían que les iría muy mal; aunque, como eran valientes, no dejaban de pelear. Tenían como por reliquias unas dos flechas que diz que fueron de los primeros pobladores de aquella ciudad, que habían sido hombres victoriosos.

Llévanlas siempre á la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas ó con la una á los enemigos para tomar agüero, y para encender los suyos á la batalla; unos dicen que las echaban con trailla, porque no se perdiese: otros que sin ella, para que su gente, en arremetiendo luego, no diese vagar á los contrarios que la tomasen y quebrasen. Daban gritos, que los ponían en el cielo cuando acometían; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponían espanto á quien no estaba hecho á semejante vocería. Los de tierra de Teouacán de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traían fiadas al brazo las espadas; huían para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; antes querían cautivar que matar enemigos; jamás soltaban á ninguno, ni tampoco lo rescataban, aunque fuese capitán. El que prendía señor ó capitán contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba ó daba á otro el cautivo que prendía en batalla, moría por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba ó quitaba por fuerza algún preso en guerra, moría también, porque robaban cosa sagrada y la honra, y, como ellos dicen, el esfuerzo ajeno. Mataban á los que hurtaban las armas del señor y capitán general ó los atavíos de guerra; porque lo tenían por señal de ser

vencidos. No querían, ó no podían, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos ricos, ni ponerse collares ni joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía ó hazaña en la guerra, muerto ó prendido algún enemigo. Saludaban primero al cautivo que á quien le cautivó, y toda la tierra le daba el parabién al tal caballero, como si triunfara. Dende en adelante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color ó pintadas; poníase en la cabeza ricos y vistosos plumajes, atados á los cabellos de la coronilla con correas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.

#### De los sacerdotes

A los sacerdotes de Méjico y toda esta tierra llamaron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos tlamacazque se dicen los sacerdotes, ó tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su prelado, achcauhtli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religión á boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren á legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan á mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás cortarlo ni peinar ni lavar, á cuya causa tenían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacían esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy á menudo; y así, aunque traían los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca,

estrecha y larga, y encima una manta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los días festivos, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parecían diablos. Había en el templo de Vitcitlopuchtli de Méjico cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, según en otra parte dije; pero no todos llegaban á los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenían para hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los más de tierra; unos para incensar las estatuas, y otros en que tener lumbre; la cual nunca se había de matar, ca era ruin señal morir, y castigaban reciamente á los que tenían cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos días había de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. También incensaban con los brasericos á los señores; que así hicieron á Cortés y á los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incensaban asimismo los novios, los consagrados, las ofrendas, y otras mil cosas. Perfuman los ídolos con hierbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo común es el que llaman copalli, el cual parece incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que llaman xolochcopalli; en Méjico está muy blando, en tierra fría estaría duro; quiere nacer en tierras calientes, y gastarse en frías. El otro es una goma de Copalquahuítlán, buena, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y destila gota á gota un licor blanco que luego se cuaja, y de ello hacen unos panecillos como de jabón que se traslucen; éste era su perfecto olor en sacrificios, y preciada ofrenda de dioses. De esta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen de ella sus pelotas. Tienen lancestas de azabache negro, y unas navajas de á jeme, hechas como puñal, más gordas en medio que á los filos, con que

se sajan y sangran de la lengua, brazos, piernas, y de lo que tienen en devoción ó voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la misma suerte y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bien y dulcemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. De estas navajas hay infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas. Tienen asimismo los sacerdotes púas de metl, con que se pican; y para tomar la sangre que se sacan, tienen papel, hojas de caña y metl; tienen pajuelas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos, y otros miembros que no son para decir. Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajón, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan á los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos *tecpactl*; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajón tienen escobas de plumas, y el que barre nunca vuelve las nalgas á los dioses, sino va siempre barriendo cara atrás. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacían la carnicería que después oíréis.

#### De los dioses mejicanos

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de Méjico; aquí diré solamente que los tenían siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los

altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes cueros de hombres sacrificados, embudidos de algodón, en memoria de la ofrenda y cautiverio que de ellos había hecho el Rey; mas cuanto los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban. No había número de los ídolos de Méjico, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal; como decir *Ometochtli*, dios del vino, que preside á los convites. ó causa que haya vino; tiene sobre la cabeza uno como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celebranla muy á menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen *Matlalcuie*, visten camisa azul, que es el color de agua. A *Tezcatlipuca* ponían anteojos, porque siendo la providencia, debía de mirarlo todo. En *Acapulco* había ídolos con gorras como las nuestras; adoran el sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran á unos animales por mansos y á otros por bravos, aunque no sé para qué tenían ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diese peces. Y aconteció á unos españoles que iban á Méjico, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenían peces después que su capitán Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacía en cada lugar, estaba el de la rana; á la cual tenían por diosa del pescado, que cantando los convidaba á ello. Si la respuesta fué de creerlo así, simples eran; mas si fué de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles á comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola parece que habla.



## Cómo el diablo se aparece

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

## Desollamiento de hombres

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde más hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallán y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los más cautivos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pie del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte de ellos, ó menos, según era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y después bailaban con todos lo que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero de estos, que fuese de principal cautivo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros disfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio,